

Saramago, José: *El hombre duplicado. Crónica de un caos identitario*
Alfaguara, México, 2002

*Mónica González**

*“El mundo no tiene más problemas
que los problemas de las personas” (50)*

José Saramago, incansable escritor y activista político iberoamericano, relata, en su reciente libro *El hombre duplicado*, la reacción de un hombre que accidentalmente conoce a otro que es su copia exacta. ¿Cómo seríamos "nosotros" frente a "nosotros mismos"? A partir de ello, desarrolla una angustiante novela sobre la definición de la identidad propia, la relación con "el otro" y la importancia de la diferenciación como referente para saber quiénes somos. ¿Cómo saber quiénes somos? ¿En qué consiste la identidad? ¿Qué nos define? ¿Por qué es tan importante tener un "otro", un alter? Y la peor pregunta: ¿Qué hacemos cuando el otro es idéntico a nosotros mismos?

El personaje central (somos muchos)

Nadie negará que Tertuliano Máximo Afonso es un hombre moderno. Ocupa sus tardes y noches con trabajo en casa, mientras sus alternativas de vida importantes son decisiones aplazadas y las cotidianas, magnificadas, transcurren en la total indiferencia, inclusive dejadas al azar: “cuando nuestro deber de personas libres sería cuestionar con energía un destino despótico” (21).

Cada vez más relacionado con objetos, este profesor de historia, un hombre común y corriente, a sus 38 años de edad, es un solitario: se aburre, o dicho en palabras actuales “se ha rendido a esa temporal debilidad que suele conocerse como depresión” (11).

Su loable trabajo se convirtió en una fatiga, “un comienzo sin fin” (12): “todo me cansa y aburre esta maldita rutina, esta repetición, esta uniformidad” (16). Encontró en él un excelente pretexto para acogerse en el ermitaño, en un laberinto cretense de nimiedades del cual no puede -y posiblemente no quiere- salir: “este marasmo de esta depresión que me tiene los nervios desquiciados, estoy susceptible, desconfiado, imaginando

cosas, por ejemplo que no me consideran como creo merecer, a veces tengo la impresión de no saber exactamente lo que soy, sé quien soy, pero no lo que soy, no sé si me explico” (83).

Divorciado, no quiere acordarse de los motivos por que se separó, no responde a los recados telefónicos que siempre escucha, no se relaciona con mucha gente ni encuentra motivaciones. Cada vez es más apático, huraño, maleducado desintencionalmente, es repentinamente amable por una voluntad de paz, no de reconciliación con el mundo.

Sin sueños ni pesadillas, de insomnio permanente, prolongado, pega sus noches con los días, la autofagia que cena sus debilidades para amanecer mejor es su terapia de todos los días. El eventual refugio en el séptimo arte y las películas recomendadas en las que se ríe dos veces y sonrío cuatro (25), no le deja nada, al final le duele la ingenuidad de no encontrar el camino de la vida una señal que lo libere: “vivir solo es durísimo castigo”, rara vez hay un “drama convulso, de esos de estremecer las carnes y erizar los pelos” (12).

Desplazado por sí mismo a su soledad, Tertuliano Máximo Afonso somos muchos, somos correctores de estilo, médicos generales, funcionarios subalternos de registro civil, empleados de tienda retirados que regresan a la patria (12), vidas llenas de ausencias sin nostalgia, vidas sin creatividad, vacías, “soledades concurridas” diría Mario Benedetti.

La trama (en la que no somos muchos)

Aburrido estaba el solitario Tertuliano Máximo Afonso, cuando surge de repente una incógnita, de esas que “erizan los pelos”: aparece en una película encarnado en un recepcionista de un hotel. Era él mismo.

Su primer análisis es sencillo: uno de los dos debe ser un error (36). Pero las ideas sobrepoblarán su cabeza “la inspiración, el talento o la casualidad no eligen, para manifestarse, ni días ni lugares raros” (140), piensa en casualidades, errores y coincidencias, empieza a reconstruir el recorrido del alter, a imaginarlo, a relacionarse con su imagen ¿Cómo considerar a un igual?

La misma persona, pero alter-ada, recupera la conciencia de su existencia, el análisis de su cuerpo, su forma de hablar, sus gustos, es decir, se convierte en una persona consciente de sí misma.

En este segundo movimiento de desplazo, sale de su interior, de su soledad, en busca de su “ser”, debatiendo con el sentido común cuando aparece o lo llama (y que desaparece cuando lo corre): “Nuestra mejor penda, nuestra del sentido común, es precisamente, desde siempre, la curiosidad. En mi opinión, sentido común y curiosidad son incompatibles,

Cómo te equivocas, suspiró el sentido común, Demuéstramelo, Quién te crees que inventó la rueda...” (74).

¿Cómo empieza un profesor de historia el análisis del doble? Se dispuso a revisar la primera película, luego seis, y luego treinta y seis. Cada vez que aparecía su igual, tachaba los nombres de los actores secundarios. En esta tarea, que lo entretuvo un par de fines de semana, se encontró encarnado en cajero de banco, fotógrafo de policía, empresario teatral.

Nombre en mano: Daniel Santa-Clara, se dispuso entonces a recorrer el directorio telefónico para encontrarse que hacía una semana habían preguntado por la misma persona. Decide enviar una inusual carta que manda a la productora de cine mencionando la importancia de los actores secundarios. Para que su persona no estuviera en entredicho, la carta será firmada por María Paz, la chica con la que eventualmente sale y con que invariablemente piensa en concluir su relación.

Después de dos semanas llega la inusual respuesta de la compañía con el verdadero nombre: Antonio Claro, y su domicilio. Cual inhábil y nervioso detective privado, Tertuliano Máximo Afonso se lanza a analizar el edificio, las ventanas, el barrio, el ambiente, el estilo, los modos (196). Finalmente se decide a llamar por teléfono para descubrir, por confusión de la esposa de Antonio, que ambos tienen la misma voz.

Con una barba postiza, tanto para ocultar su identidad como para que no le confundan con el duplicado (aunque ya no sabe “quién es el duplicado de quién” (223), mantiene recorridos por la calle del misterio. Sin éxito en la pesquisa de quién sabe qué, decide llamar a su propia voz, para comprobar con asombro que tienen las mismas marcas en el antebrazo derecho, cicatriz debajo del rótulo derecho, etc. (228).

De inicio, la más afectada fue la mujer del doble, Helena. Sentía que un fantasma se entrometía en su vida, que una apariencia la podía engañar, se preguntaba si su esposo era su esposo, soñaba despierta y no podía dormir si no era con tranquilizantes. Antonio también se sentía alterado. Los pelos se les habían erizado a ambos: “la relación ya no volvería a ser la misma” (237), aunque cerraran la puerta.

Antonio, víctima de la misma curiosidad que Tertuliano, decide plantarse un bigote para recorrer la calle y el edificio de su doble, sin encontrar lo que buscaba que tampoco sabía bien qué era. Después de tres días llama y concerta una cita con su gemelo. “Idénticos” fue la sentencia de ambos. Sin saber cómo manejarse frente al *alter-idem*, se alejan alterados, desconcertados, intrigados, llenos de dudas, luchando entre la imaginación y el sentido común.

A pesar de que siguen caminos distintos se encuentran, como los gemelos, conectados mentalmente, espiritualmente, carnalmente.

Suposiciones, hipótesis, tesis y síntesis los acompañan a todas partes sin que nadie pueda comprender por lo que les pasa, ni ellos puedan explicarlo. Cada uno sabe quién es, pero no quién es el otro (316).

En destiempos, mientras Tertuliano cerraba la puerta, Antonio la abría. Antonio, que pasaba por la crisis identitaria que previamente ahogaba a su gemelo, se decidió a buscar en la productora la carta de Tertuliano, para dar finalmente no con su doble, sino con María Paz. El misterio, motor de acciones, planes, estrategias, pero sobre todo de búsquedas, llevará a Antonio espiar a María Paz, mientras Tertuliano, de vacaciones en casa de su madre, le confiesa su desasosiego, encontrando en el remanso materno no sólo la paz, sino la luz: decide formalizar su relación con María Paz.

A pesar de que un actor, siempre sabe -guión en mano- lo que sucederá mientras un profesor de historia sólo lo sabe después de que ocurrido (250), el desenlace viene precisamente cuando Antonio, desolado por los nervios de su esposa y por la propia incompreensión de su “papel” en esta vida, decide confrontar el destino al grado de llevarse a la cama a la pareja de Tertuliano, quien, como en una dramática opera, llevado por los celos y la rabia procede, por su lado, de manera igual.

La muerte se encontrará sorprendentemente con Antonio y María Paz. Pero quizá el más tomado por sorpresa será Tertuliano Máximo Afonso, a quien no le queda más remedio que, previa confesión a su madre y la esposa de su doble, asumir el papel de Antonio. Pero falta un recodo más en la novela: la llamada de otro doble más que tenía tiempo de andar buscándolo y quien pide a Tertuliano, ahora convertido en Antonio, encontrarse con él... Para saber si nuestro personaje usó el sentido común, echó mano de su experiencia, o si se le erizaron los pelos de nuevo, habrá, estimado lector, que leer a Saramago.

El impacto identitario

El individuo es un ente contextualizado. Su identidad se define por su pertenencia a una comunidad frente a otra comunidad “diferente”¹. Para saber quién es, requiere la referencia del alter.

¿Qué significa la existencia de dos personas iguales en un mismo tiempo y en un mismo lugar para un profesor de historia? La reflexión se extiende más allá de su personalidad y de su propia identidad, llegando al análisis de la historia presente: hay que ver de adelante para atrás (58): “hablar del presente que cada minuto nos explota en la cara, hablar de él todos los días del año, al mismo tiempo que se va navegado por el río de la historia hasta sus orígenes” (101). A partir de los hechos reconstruye la historia de su identidad.

Historia pasada y presente se conectan siempre que nos preguntamos ¿quiénes somos? Descifrar esta subjetividad en un ejercicio cognitivo² que en este caso renueva la capacidad de asombro: “Era increíble lo que había cambiado su vida en tan poco tiempo, en ese momento se sentía flotando en una especie de limbo. En un pasillo entre el cielo y el infierno que le llevó a preguntarse, con cierto sentido de asombro, de dónde venía y a dónde iba ahora” (179).

Su conexión con el presente inmediato lo lleva a apartarse –más aún- de su comunidad seguro de no encontrar comprensión, coadyuvando a que los otros dictaminaran locura (107). Víctima de acciones sin explicación razonable -el por qué-, experiencias que se sienten, no se piensan, llega el momento en que no sabe qué o quién maneja a quién: “Quieres dejar la enseñanza. No sé con exactitud, ni siquiera vagamente, lo que pienso o lo que quiero, pero imagino que sería una buena idea. Abandonar la enseñanza. Abandonar cualquier cosa” (105).

Especialmente en el caso de la orgullosa identidad iberoamericana -porque no podemos imaginar, por ejemplo, en el caso de un inglés, tanta desolación-, la enloquecedora confrontación y la apasionada búsqueda del “yo”, hacen que la novela de Saramago se presente como un retrato “impresionista” de nuestra cultura.

Generadoras en distintos grados de solidaridades, tensiones, conflictos, inclusiones, exclusiones, reacomodos societales, definiciones y procesos de aprendizaje, las identidades impulsan la historia por diversos caminos, y reflejan parte de la realidad social. Este espejo es “novelado” en *El hombre duplicado*.

Leer a Saramago

La lectura del Saramago, *magister* portugués Nobel de Literatura (1998), es muchas lecturas:

- **Explica entre líneas sus propios pensamientos**, salta tramas señalando que por la prisa del personaje central, el camino “no tuvo historia” (66); aclara por qué el intrascendente personaje de la exesposa no le pone nombre (81); lo innecesario “de saber en qué día de la semana están ocurriendo estos intrigantes acontecimientos” (88); las preguntas sobradas: “Si a Tertuliano Maximino Afonso le preguntásemos por qué motivo lo estaba haciendo..., lo más seguro es que nos mirase sorprendido, estupefacto, tal vez ofendido por juzgarlo capaz de una acción tan absurda” (98); y hasta la dinámica de la trama para “dar el paso, ese que no puede esperar ni una página más” (224).

- **Inserta monólogos inesperadamente**, sin preocupación por la economía verbal, como los frecuentes debates de Tertuliano con la conciencia o el sentido común.
- **Deja a sus personajes actuar**: en cuanto a María Paz, “si va a permanecer o no en estas páginas, por cuanto tiempo y con qué fines, es asunto que sólo le compete a Tertuliano” (81); “No conoce de memoria el número del colega de Matemáticas, por eso lo está buscando en la agenda, por lo visto, al final, no va a llamar a María Paz” (81).
- **Su narrativa se encuentra llena de casualidades**: una llamada telefónica sopresiva, alguien que toca a la puerta, visitas inesperadas, un empleado atendiendo a otra gente, una llamada al amigo y contesta la esposa, bigotes que se caen, etc.
- **Explora las contradicciones del ser humano**: individuos que planean romper relaciones y no lo hacen (154), que escriben lo que van a decir y dicen otra cosa (87), que saben quién son, pero no qué son, que buscan algo pero no saben qué, y cuya cotidianidad se encuentra llena de reclamos porque nada les satisface.
- **Irrumpe con frases que nos invitan a la reflexión**: “De hecho nunca se sabe para qué son las victorias” (105), “El caos es un orden por descifrar” (129), “El último segundo antes de dormir lo usó para murmurar, tal vez hablando consigo mismo, tal vez con el colega. Hay cosas que nunca se podrán explicar con palabras” (76).

No hay duda de que su narrativa se encuentra fuera de las convicciones tradicionales: “puesto que, como ha quedado demostrado hasta la saciedad, no existen límites para la imaginación de los novelistas occidentales” (338).

Notas

* Profesora-Investigadora del Colegio de Veracruz, México.

¹ Diferencias que pueden basarse en factores visibles o evidentes: idioma, geografía, religión, sexo, arte, arquitectura, vestimenta, gastronomía, costumbres y tradiciones: o subjetivos: como los valores, la solidaridad grupal y las relaciones con otros.

² La identidad es una concepción ontológica que implica un proceso de reflexión. Gottfried Leibniz dedicó gran parte de su estudio a la lógica de la identidad (el sentido y su búsqueda), y David Hume destacaba la imposibilidad de encontrarse con el “yo” dada la subjetividad del individuo al buscarlo (crítica racionalista). Georg W. Hegel distingue entre la identidad puramente formal del entendimiento y la de la razón (no abstracta).